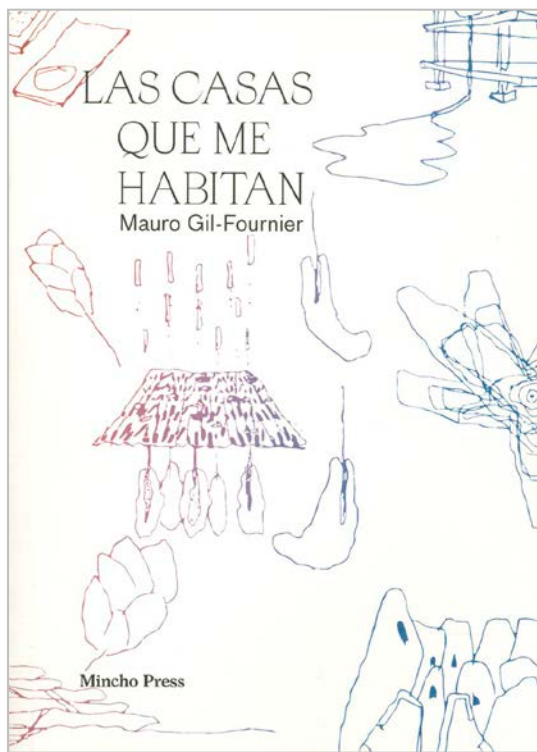




GIL-FOURNIER, Mauro

Las casas que me habitan. -- Madrid : Mincho Press, D.L. 2021

118 p. : il. ; 21 cm.

D.L. M. 24638-2021

ISBN 978-84-945515-2-9

1. Arquitectura residencial 2. Crítica e interpretación 3. Diseño arquitectónico 4. Pensamiento

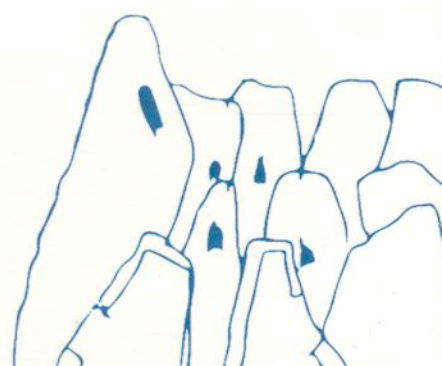
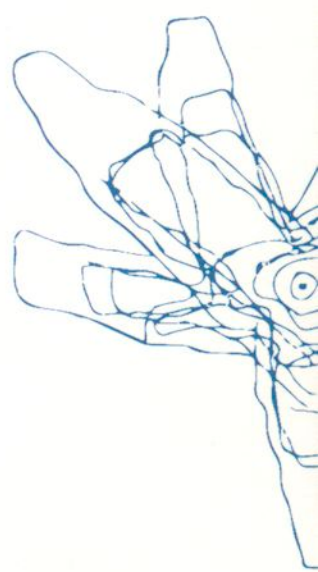
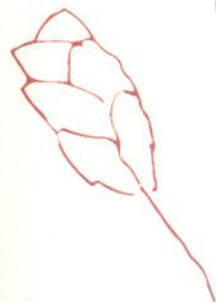
11.05 Interpretación arquitectónica

COAM 21941



LAS CASAS QUE ME HABITAN

Mauro Gil-Fournier



Mincho Press

LAS CASAS QUE ME HABITAN

Mauro Gil-Fournier

Mincho Press

© 2020 Mauro Gil-Fournier
© 2021 Mincho Press por la presente edición
Calle Hernán Cortés, nº 9, 2º C
28004 Madrid, España
www.minchomag.com

Corrección de textos: Natalia Giménez
Diseño de cubierta y maquetación: Luis Lecea
Dibujo de planos: Beatrice Rogantini
Impresión y encuadernación: Artes Gráficas Coyve
Impreso en España

Primera edición: septiembre 2021
ISBN: 978-84-945515-2-9
Depósito legal: M-24638-2021

Mincho Press

Quién después de haber considerado su cuerpo
encuentra que todos sus órganos y sus partes son buenos
quién, hombre o mujer, con la teoría de la tierra y de su cuerpo
comprende por sutiles analogías todas las otras teorías,
la teoría de una ciudad, de un poema
y de la vasta política de los Estados
quién cree no sólo en nuestro globo con su sol y su luna
sino en los otros globos con sus soles y sus lunas
quién, hombre o mujer, al construir su casa
no para un día sino para la eternidad
ve a las razas, épocas, efemérides, generaciones.
El pasado, el futuro, morar allí, como el espacio
indisolublemente juntos.

Walt Whitman, *Cosmos*

Este es un libro para aquellas personas que quieran habitar la vida con todas sus consecuencias. Algunas de ellas están en proceso de salida de un lugar donde no sentían correspondencia ni reciprocidad. Otras habitan un *impasse* donde la intuición parece revelarse. Otras muchas sienten que ya se han desenganchado de un proceso extractivo que no les permitía vivir en calma. Parece que el ser humano, como especie, tiene dificultades para ir a favor de la vida: la degradación planetaria, la destrucción de los recursos finitos, la contaminación emocional a la que nos sometemos como sociedad, no nos están permitiendo ser conscientes de la vida cósmica a la que pertenecemos. Pero ¿qué significa habitar la vida de una forma concreta? ¿Cómo podemos cuidar de la vida en todas sus manifestaciones? ¿Desde dónde hacerlo?

La vida es aquello que se encuentra a nuestro lado, cerca, pero que muchas veces somos incapaces de ver. En realidad, cada vez que observamos sus diferentes manifestaciones, huimos de ella. Querer habitar la vida con todas sus consecuencias y, por lo tanto, aprender a habitar la muerte, también es una tarea difícil. Cualquier compromiso efímero es válido para apartarla, cualquier lugar es mejor para no mirarla, cualquier situación tiene más urgencia que parar y habitar la vida. Pero ella, de nombre femenino, la vida, siempre está ahí, a nuestro lado. En silencio para ser escuchada, para poder reconocerla y de esta manera mirarla de frente.

Pero dejar a la vida vivir en nosotros no es en realidad una tarea tan complicada. Si somos capaces de mostrar nuestra fragilidad, se comienzan a revelar lugares que nos hacen la vida más fácil. Por ejemplo, abandonar la urgencia por definirse a uno mismo o dejar de hacer esfuerzo por construir una idea de nosotros son tareas del atrevimiento de sí, que nos permiten atravesar miedos y lugares en los que habitar la vida puede ser una tarea más fácil. Una vez dejamos que la vida penetre en nosotros, podemos participar de ella en todas sus infinitas dimensiones.

Y es necesario decirlo hoy ante el auge de las emociones en un espacio público, político y económico dominado por el capitalismo emocional, diseñado para incrementar la productividad, la predictibilidad y el rendimiento. Es hoy cuando necesitamos la atención suficiente para no sucumbir a la contaminación emocional a la que nos vemos inmersos en el día a día. Este libro se enmarca en la tangencia de lo que se viene denominando teoría crítica afectiva. Se abre a la posibilidad de experimentar una idea: disminuir los vínculos no vinculados puede ayudarnos a reducir el consumo de recursos planetarios finitos para habitar una abundancia de nuevos recursos afectivos que están por descubrir. Lo afectivo es, hoy, una forma de resistencia a la emocionalidad no vinculada, a la búsqueda de emociones fuertes y constantes. Las Arquitecturas Afectivas son el camino que inicio, con todas sus consecuencias, como una propuesta de estar en el mundo. Una manera de habitar mi práctica vital en la experiencia de afectar el vínculo de la vida. De estar con él, dentro y fuera de mí.

Entiendo entonces como arquitecturas afectivas la construcción de un entorno de aprendizaje de la vida, que atraviesa el ámbito profesional, el educativo y el ámbito de lo personal. Son tres palos de una misma raíz. Pues es, en ese entrelazamiento, en el que podemos ser capaces de poder abrazar la vida con toda su consistencia y su consciencia.

Las arquitecturas afectivas son mi forma de nombrar la ecología de los afectos que fabricamos cuando decidimos espacializarnos en el mundo. Es un camino de ida y vuelta entre la materialidad de nuestras casas, nuestras oficinas, nuestras ciudades y el lugar desde donde tomamos las decisiones individuales y colectivas que vinculan nuestros procesos espaciales y materiales a un lugar determinado, sea este geográfico o digital. Establece diálogos y compromisos con lo que denomino Materialismo Afectivo, donde la pregunta sobre el espacio se convierte en una pregunta vinculante. ¿Qué cuerpo soy capaz de habitar? ¿Qué casas son las que

me habitan? ¿Existe una ciudad o un entorno urbano que pueda sostenerme y que no sustraiga mi energía biológica? Para contestar estas preguntas, este libro propone sin decirlo un formato de trabajo. Diseñar es poner atención, escuchar, para detectar las realidades afectivas que percibimos en nosotros y nuestros entornos. Dibujar lo que observamos es investigar, es hacer del dibujo una herramienta de la intuición. Desde ahí, habitar las intenciones desde las que hacemos las cosas, todas ellas; nunca hay una sola intención. Por último, es un proceso de cuidado para abrirnos a nuevas posibilidades.

Las arquitecturas afectivas son la apertura a una nueva posibilidad de muchas otras posibles, pero es la que he decidido seguir. Este libro es su presentación, un ejercicio personal con vistas comunes. Un lugar desde el que cuestionar nuestro propio trabajo para alcanzar mayores cuotas de responsabilidad con nosotros mismos y con el entorno que nos rodea.

Las casas que me habitan es una Autobiografía Afectiva. Una biografía personal que no contiene datos, fechas ni experiencias íntimas. Pero que indaga en las realidades afectivas que me han construido y han determinado las experiencias que, a su vez, han determinado mi construcción. Un vínculo entrelazado de pensamientos que detonan sensaciones que conforman acciones que, a su vez, vuelven a los pensamientos. Deshilachar esta madeja de vínculos en forma de casas permite observar autobiográficamente las realidades afectivas que me han edificado.

Presentar estas casas, que no son imaginarias sino reales en nuestras prácticas del día a día, es un motor para un propósito aún mayor. El libro es un desencadenante, una primera brizna de hierba de algo que se construye en mí con el mundo, y el mundo conmigo. El libro surge de un *impasse*, un pararse al lado con la vida para mirarla de frente y decidir ocuparla en toda su plenitud, con todo su brillo y su oscuridad, al menos con aquel que somos capaces de percibir. Los comienzos son un regalo, aprovechemos el momento que nos ha tocado vivir. Aprendiendo juntos, siempre.

La vida es difusa, difícil de atrapar. No se deja tocar. En algunos momentos se siente plenamente, con toda su presencia. En otros, nos cuesta saber hacia dónde mirar para buscarla. Siempre está cerca, pero podemos parecer perdidos. Este libro inaugura una etapa que nace en el *impasse* de una vida. En un momento en el que aparece un acontecimiento afectivo que exige fidelidad a él. Y es precisamente ahí, en ese lugar de fragilidad, donde la vida comienza a revelarse. Cuando nos permitimos habitarla, cuando se acerca y nos sumergimos en ella. No, no es este un libro que venda fantasía ni deseos inalcanzados. Hablamos de lo cercano, de lo que se extiende desde un lugar situado, que se nos había olvidado, y en ese lugar estamos nosotros. Quizás estemos a la intemperie, nos sintamos frágiles y vulnerables, nos azote el viento y las corrientes y nos duelan los pies y nos pique la piel. Pero cuando nos perdemos, podemos volver a un buen lugar, cercano y presente: nosotros mismos. En ese lugar, la vida deja de ser difusa. Lo sabemos desde siempre, pero quizás lo habíamos olvidado.

Nosotros es parte de un yo, y ese yo es parte de un nosotros más amplio. De hecho, el nosotros está dentro del yo. Pues somos múltiples y contradictorios. Encontrar el nosotros en el yo es parte de un ejercicio personal con vistas comunes. Es la mejor manera de poder desarrollar una comunidad, unos parentescos, una familia extendida. Toda una ecología afectiva que está dentro de nosotros, más grande y más intensa que la que podemos encontrar fuera. Una ecología que desarrolla un sistema de interconexiones y vinculaciones muy particular. Un sistema interactivo que es motor de nuestras acciones, que vibra según la pulsión del momento y que tiene sus devenires en las prácticas que desarrollamos. Una potencia de nuestra acción presentada en estas casas.

Las casas que me habitan es un libro que trata sobre el equilibrio, la materia y la energía de los afectos. Y todo esto no es abstracto y confuso, sino que es ordinario. Está en el día a día,

compone nuestras prácticas cotidianas, pero muchas veces queda oculto tras ellas. Pensamos que habitamos nuestras casas, plazas, ciudades, pero solo habitamos nuestras prácticas más ordinarias. Y en ellas, son las casas las que nos habitan a nosotros. Por tanto, ¿qué casa me habita cuando me relaciono contigo?, ¿qué casa me habita cuando participo de tal o cual lugar?

Las casas propias que presentamos a continuación son también las casas que están fuera de mí, pues son casas distribuidas en la ciudad, en el paisaje, en la naturaleza del ser. Al detectarlas y observarlas en el interior se hacen exteriores y otras personas las observarán, interactuarán y se reconocerán en ellas. Podrán entrar o quizás ya estén dentro sin darse cuenta.

Las casas que me habitan es un libro de arquitectura, pero también es un libro sobre la vida. En este ejercicio personal, la arquitectura, como materia afectiva, nos ayuda a comprender lo que a las palabras les es tan difícil relatar. Este libro surge entonces de una colaboración radical conmigo mismo. La vida ha sido el comienzo. La arquitectura, una herramienta para comprender y transmitir. Y la vida es el final. Vida sobre vida; pues todos somos arquitectos de nuestros espacios de vida.

EQUILIBRIO, MATERIA Y ENERGÍA DE LOS AFECTOS

¿Cómo comprender lo que está detrás de nuestras actitudes, decisiones, imposiciones o negociaciones? ¿Cómo conocer lo que nos mueve a diseñar de tal o cual manera, lo que queremos conseguir, lo que necesitamos alcanzar? ¿Desde qué lugar construimos nuestros proyectos, nos relacionamos con nuestras oficinas, clientes y colaboradores? ¿Cómo llegamos a nuestras casas, familias, parejas, comunidades tras todas las fatigas anteriores?

En mi vida llegué a un punto de cierto colapso en el que el cuerpo se paraliza, el sentir disminuye, el pensar se bloquea y el ser desaparece. En esta situación, he querido conocer qué hay tras mis acciones, mis decisiones y mi forma de estar en el mundo, es decir, tras mis afectos. Si son estos, en su poten-

cia de acción, en la pulsión del hacer, desde donde nacen las decisiones, quiero conocer mejor el lugar desde donde actúo. Donde cuerpo, mente y acción se revelan en un instante. Es ahí donde he parado. Ahí donde estar consciente. En ese instante es desde donde se han diseñado estas casas.

He tratado de entender en qué orden, equilibrio y desorden de materia y energía sucede esta toma de decisiones en el día a día, en las cuestiones más ordinarias y banales. También, en los dibujos que uno produce, en la claridad de la información que maneja, en las responsabilidades que asume y que delega.

Las casas que me habitan no son proyectos sino realidades afectivas que he detectado, descubierto e investigado en una colaboración radical conmigo mismo. Estas realidades se entretajan en múltiples composiciones y dimensiones que manejamos a diario: las necesarias, las útiles, las creativas, las afectivas o las más espirituales. Por eso, son tan difíciles de encontrar, de mirar de frente y de trabajar para transformarlas. Se mezclan en los más banales procesos domésticos y en los más elevados sentidos del ser; en entornos cotidianos y en los más sofisticados; en nuestras ciudades y en lo que aún llamamos naturaleza. Estas realidades afectivas se componen en nuestra cotidianidad mezcladas con diferentes emociones, sensaciones y sentimientos; enredadas también junto con personas, otros seres y cosas vivas.

Sabemos hoy que la arquitectura también nos compone. Lo material nos afecta. Si esto es así, ¿podemos trabajar en el desarrollo de un materialismo afectivo?, ¿podemos pensar una arquitectura material que nos ayude a crecer juntos como sociedad? Porque cuanto más desarrollo materialmente alguna de las casas que aquí presento, más conocimiento adquiero de las realidades afectivas que se tratan, sean estas los egos, las culpas, los apegos, etc. Y si hablo de materia, también hablo de energía, de energía biológica como la que consume nuestro cuerpo para hacer tal o cual actividad. Ambas interactúan en el mismo lenguaje, pero en

diferentes idiomas. Ambas salen de la misma raíz filogenética. Y ambas pueden traducirse desde una arquitectura afectiva.

SOLO HABITAMOS NUESTRAS PRÁCTICAS

Construimos límites necesarios en nuestra vida, aunque a menudo operan como divisiones conceptualmente artificiales. Siempre me he cuestionado las relaciones de separación y de exterioridad que componemos entre diferentes entornos como nuestra piel, lo doméstico, el espacio público, la ciudad o el territorio. También las relaciones de interioridad. Asignamos a nuestra práctica como arquitectos, ámbitos profesionales diferenciados: el diseñador de interiores, el arquitecto, el urbanista o el paisajista. Como si de una cuestión de tamaño y de escala se tratara. Mi trabajo como arquitecto es encontrar las continuidades y simultaneidades entre los diferentes entornos para poder entrelazar y construir a través de ellas. Mi mente y mi alma son el mundo y el mundo es mi mente y mi alma ensambladas.

Sin embargo, en investigaciones previas, caí en mi propia trampa. Mi tesis doctoral, «La desaparición de la exterioridad en la arquitectura contemporánea», comenzaba y terminaba en el límite del cuerpo, de mi propia piel, alejándose de ella hasta el espacio exterior, dando por interiorizado todo lo exterior, pero sin dejar entrar ningún argumento, ninguna reflexión dentro de mi propia membrana sensible; por lo tanto, sin dejarme habitar en mi práctica de una manera completa. *Las casas que me habitan* atraviesan radicalmente este último límite para hacerme transparente.

¿Qué significa esta ruptura en el límite de la piel? ¿A qué profundidades nos lleva? ¿Qué superficialidades maneja? Lo que esta ruptura significa para mí es la posibilidad de habitar una práctica de vida de una manera completa. Si estamos de acuerdo en la imposibilidad contemporánea de habitar una casa, un espacio público, siquiera una ciudad o un territorio, necesitamos como seres vivientes que somos

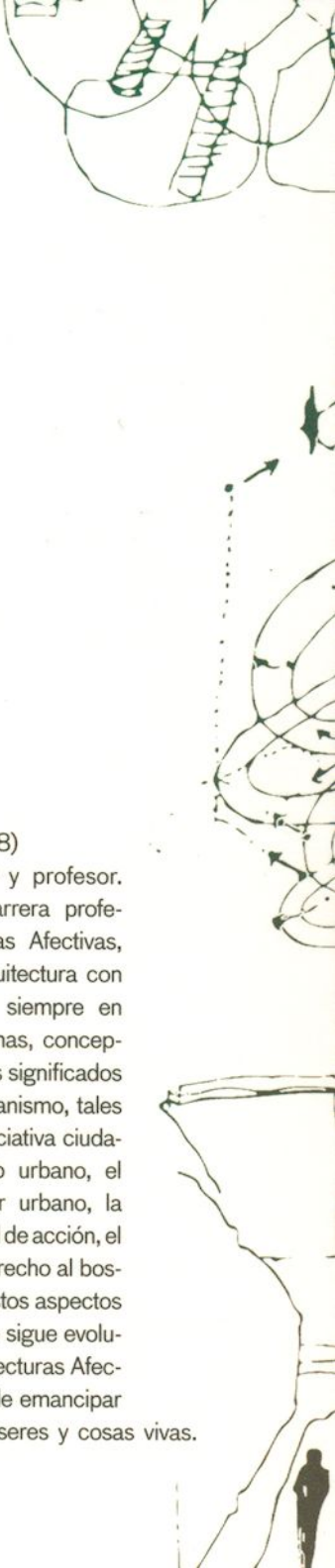
habitar nuestra propia práctica de vida. Y esa práctica conlleva tanto los entornos exteriores como los interiores, que implican una misma complejidad. En tanto podamos buscar y encontrar las continuidades y simultaneidades que se dan entre las profundidades y las superficies, encima de la piel, debajo de la ciudad, en el interior del ser o el exterior del territorio, mejor podremos habitar nuestras prácticas específicas, singulares, situadas, tanto personales como colectivas.

Entendido de esta manera, este libro es un ejercicio personal del habitar con una mirada hacia lo común. Donde lo material y lo afectivo se ensamblan, se entrelazan, se componen el uno al otro. Donde la arquitectura que nos pertenece se hace afecto. Y el afecto se construye materialmente para dejarse tocar, para dejarse ver, para dejarse practicar. De esta manera, me sigo hoy preguntando. ¿Qué casa me habita cuando me encuentro contigo? ¿Qué casa me pongo cuando voy a tal o cual lugar? ¿Qué casa me coloco encima cuando diseño para este cliente? ¿Se trata solamente de mí o se trata del espacio que se produce junto a ti, de las posibilidades que ampliamos contigo, de la diversidad que podemos alcanzar juntos? Al final, se trata de entender que solo habitamos nuestras prácticas ordinarias, en todo momento, día a día, minuto a minuto, allí donde estamos, allá donde nos encontramos. En un presente extendido. Un presente histórico.

Si dejamos que la vida habite nuestra práctica de una manera completa, las casas que he descubierto dentro de mí estarán también dentro de ti y podremos atravesar radicalmente el último límite para hacernos más transparentes. Si conocemos los afectos que están detrás de nuestras prácticas, podremos proponer una arquitectura que ensambla materialmente nuestras mejores voluntades, impulsos, deseos, acciones, sentimientos y pensamientos, tanto personales como colectivos.

ÍNDICE

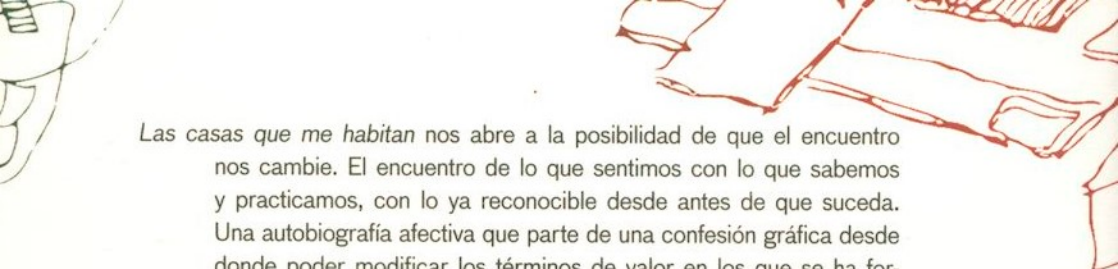
ARQUITECTURAS AFECTIVAS	5
INTRODUCCIÓN	9
LA CASA DE LAS PREGUNTAS Y LA CASA DE LAS CERTEZAS	15
LA CASA DE LA ANSIEDAD	23
LA CASA DE LOS EGOS ESCONDIDOS	31
LA CASA DE LAS CULPAS	39
LA CASA DEL DESLUMBRAMIENTO	45
LA CASA RAÍZ-RIZOMA	51
LA GUARDERÍA DE MÍ MISMO	59
LA CASA DEL APEGO	67
LA CASA CUALSEA	73
LA CASA DONDE CRECER PARA APRENDER A SER NIÑOS	79
LA CASA DESINHIBIDA	87
LA CASA PARA GANAR TIEMPO	91
EPÍLOGO	99
PLANOS PARA CONSTRUIR UNA VIDA	103
AGRADECIMIENTOS	117



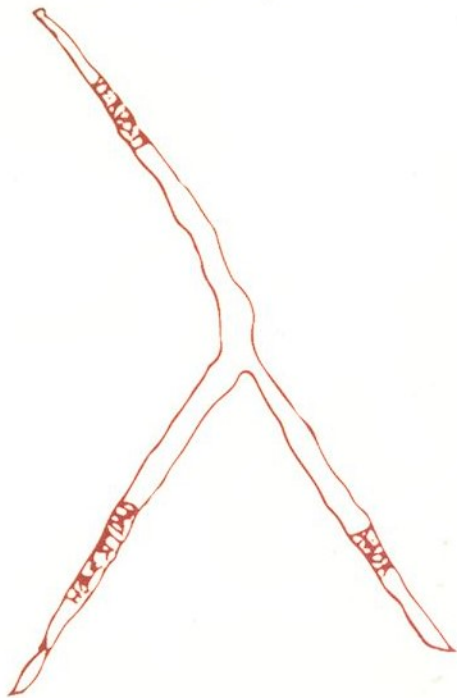
Mauro Gil-Fournier Esquerri (1978)

Doctor arquitecto, investigador y profesor.

Tras quince años de carrera profesional, funda Arquitecturas Afectivas, un entorno que hace arquitectura con placer. Ha desarrollado, siempre en compañía de otras personas, conceptos que han actualizado los significados de la arquitectura y el urbanismo, tales como la potencia de la iniciativa ciudadana, el empoderamiento urbano, el arquitecto como cuidador urbano, la exstitución como posibilidad de acción, el urbanismo afectivo o el derecho al bosque en la ciudad. Todos estos aspectos confluyen en las ideas que sigue evolucionando desde las Arquitecturas Afectivas, un lugar desde donde emancipar los afectos de personas, seres y cosas vivas.



Las casas que me habitan nos abre a la posibilidad de que el encuentro nos cambie. El encuentro de lo que sentimos con lo que sabemos y practicamos, con lo ya reconocible desde antes de que suceda. Una autobiografía afectiva que parte de una confesión gráfica desde donde poder modificar los términos de valor en los que se ha formulado una vida. Diseñar como un acto de escucha interna y externa. La arquitectura como dispositivo para desarrollar unos afectos diferentes. Estas casas, como arquitecturas del yo, son la expresión espacial y material de las realidades afectivas más primitivas. Y este libro, una manera de desarrollar una comunidad, unos parentescos, una familia extendida con uno mismo y con el mundo.



PVP: 19,00€



9 788494 551529

